

GLOBALIZACIÓN, CULTURA, POSMODERNIDAD

Jorge Bracho

Msc. en enseñanza de la Historia. Director de publicaciones de la UPEL

Renato Ortiz (1998). *Otro territorio*. Ensayos sobre el mundo contemporáneo. Santafé de Bogotá. Convenio Andrés Bello.

Kaldone Nweihed (1999). *Globalización*. Dos rostros y una máscara. Caracas. Universidad Simón Bolívar.

Jesús Martín Barbero, Fabio López de la Roche y Jaime Eduardo Jaramillo (Editores) (1999). *Cultura y globalización*. Colombia. Universidad Nacional de Colombia.

En el espectro actual del mundo académico se han venido presentando un conjunto de reflexiones centradas en la globalización y lo que a ella le es inherente. La más común se relaciona con el origen y características de este fenómeno capitalista. En este orden, Renato Ortiz precisa que pensar la globalización de las sociedades requiere el reconocimiento de procesos que comprenden a los grupos, las clases sociales, las naciones y los individuos. Su origen lo ubica en la expansión del capitalismo entre los siglos XV y XVIII y en el advenimiento de las sociedades industriales en la modernidad del siglo XIX.

Desde esta misma perspectiva, Santiago Castro (en: Martín Barbero et. Al.) propone que se puede hablar de globalización a partir de la devaluación del Estado nacional, para organizar la vida social y material de los actores sociales. En este sentido, sugiere que la modernidad ha dejado de ser operativa como *proyecto* porque la configuración de lo social ya no es potestad del Estado y, por ende, escapa del control de éste. Según el mismo Castro, la globalización no debe ser entendida como el inicio de una nueva época, la postmoderna, sino como el resultado imprevisto de las tensiones que se venían gestando al interior mismo del proyecto moderno. Los elementos que la integran son parte de la dinámica social del siglo XIX. En términos generales

el concepto globalización indica la dispersión de las prácticas centralizadoras y de control que anteriormente se encontraban dominadas por el Estado nacional.

Nweihed considera la globalización como una etapa del capitalismo, secuencia de procesos que poseen sus propios mecanismos y dinamismos. También aprecia en la globalización una transformación total de las formas de producción y distribución del sistema capitalista.

Sea la perspectiva histórica, la económica, la sociológica, la percepción de la globalización comprende un proceso social, cultural e histórico capitalista. Asimismo, connota una serie de experiencias que se relacionan con la cultura, la nación, la democracia, la gobernabilidad, la modernidad y la posmodernidad.

No obstante, la utilización del término globalización por parte de científicos sociales no es congruente. Renato Ortiz, por ejemplo, utiliza el término aludido para referirse a la economía y la tecnología. Éstas, a su vez, se encuentran sumergidas en un solo tipo de economía, la capitalista, y en un único sistema técnico, fax, computadoras, energía nuclear, satélites, etc. Para el ámbito cultural reserva el término *mundialización*. Según Ortiz la mundialización se realiza en dos niveles, a saber: 1-. Es la manifestación del proceso de globalización de las sociedades, que se arraigan en un tipo determinado de organización social. La modernidad, en su sentido económico, sería su base material. 2-. Es una concepción del mundo, un “universo simbólico”, que coexiste con otras formas cosmogónicas, políticas o religiosas.

La globalización no sólo tiene que ver con el desenvolvimiento histórico, es también parte de un modelo o ideología por aplicarse. Nweihed propone que la globalización, además de ser un proceso capitalista, es también un paradigma –proyecto en el que se incluye una dimensión ideológica– cultural. Desde aquí se diseminan la universalización de determinados modelos de valor, como el reconocimiento de principios liberales demo-

cráticos y los derechos humanos, así como la generalización del consumo vinculado con la monopolización massmediática.

Por otro lado, la globalización no cabe dentro de los análisis propuestos por los paradigmas de la conspiración. Santiago Castro considera que lo hoy denominado globalización no puede entenderse como un nuevo proyecto colonial, dirigido por un tipo de agente nacional o multinacional. Es más bien el resultado, sugiere, del caos e impredecibilidad derivada de la disolución de los marcos normativos y jerárquicos modernos. La globalización en este sentido se expresaría en la medida que los Estados-nación han venido perdiendo vigencia, por su incapacidad homogeneizadora que fue el papel que se les asignó en la modernidad ilustrada.

Quizás, esta percepción sea la que predomina entre los estudiosos que se han dedicado a reflexionar en torno a la globalización y sus implicaciones. Nweihed ofrece especial importancia a la globalización como un proceso histórico sin precedentes en la historia. Aunque subraya la necesidad de reconocer, como connotación de la misma, su despliegue en tanto paradigma ideológico que pudiera llegar a proyecto político. Proyecto político con amplias posibilidades a la luz de la acción económica y financiera, donde los medios de comunicación masiva juegan un papel de capital importancia.

Tenemos así que la globalización vendría a ser un proceso de desarrollo donde alternan el proceso histórico mismo y un paradigma que pugna por su hegemonía. También, lo global, según Nweihed, es un tiempo mundial con su impronta democrática, liberalismo económico e integración regional. No se trata de una temporalidad unívoca, aún subsisten el tiempo nacional, el tribal y el confesional, que pugnan por subsistir ante los embates globalizadores.

Dentro del conjunto de análisis acerca de la globalización, lo relacionado con el futuro, génesis y situación actual de los estados nacionales ocupa un lugar relevante. Para algunos au-

tores, como es el caso de Nweihed, los Estados – nación no desaparecerán ante la avalancha globalizadora. Propone, al contrario, que los mismos deben ser más sólidos para evitar los riesgos desnacionalizadores, excluyentes, desequilibradores y fragmentadores de la globalización, porque ésta no garantiza una igualdad de oportunidades como lo demuestra el proceso histórico que lleva su nombre.

Al proyecto de la modernidad le es inherente la necesidad de una instancia central con la que se garantizaría las promesas de seguridad ciudadana. Esta instancia vendría a ser el Estado cuyo papel se inscribe en el control y la capacidad de fijar metas colectivas, válidas para todos los actores sociales. El Estado moderno se asume entonces como el garante de la organización nacional, porque, como lo propone Santiago Castro (en: Martín Barbero et. Al), al adquirir el monopolio de la violencia lo utiliza para moldear las mentes y los cuerpos de los ciudadanos, haciendo que todos se sientan formando parte de la misma colectividad, de una misma nación.

Dentro de este marco, el discurso que propugna una identidad entre la nación y la cultura cumple una clara función taxonómica, clasificatoria y jerárquica. Con ésta se establecen límites entre los individuos, los grupos y los pueblos, sustentados en una escala normativa definida desde el poder estatal-colonial. De este modo, la humanidad queda dividida en pueblos con mayor o menor cultura, según sea el caso. El concepto de cultura heredado de los siglos XVIII y XIX, expresa, por una parte, el sentimiento de superioridad que posee Europa ante los pueblos sometidos a su poder colonial y, por otra, la necesidad de normativizar la vida de los ciudadanos europeos sometidos al gobierno del Estado, de acuerdo con las nuevas necesidades del capital.

Con la modernidad surgen los Estados nacionales, además las relaciones sociales dejaron su desenvolvimiento local y descentralizado para pasar a ocupar una territorialidad de mayor

amplitud. Ortiz (1990) refiere que el proceso de construcción nacional ilustra como los espacios se van dilatando amén del movimiento de personas, mercancías, ideas y referentes simbólicos. La idea moderna de nación comprende el desdoblamiento de la base territorial de acción hacia el retiro de las personas de sus localidades para recuperarlos como ciudadanos. “...*La nación las ‘desencaja’ de sus particularidades, de su provincianismo, y los integra como parte de una misma sociedad...*” (Ortiz;1998:56).

Con el advenimiento de la sociedad moderna estallan los vínculos de solidaridad y afectividad inmediata con los pequeños territorios, Las relaciones de parentesco, amistad, la vida doméstica en general, devienen en dominios de mayor alcance políticos, económicos y religiosos. Esto trajo como consecuencia la insistencia por hablar de comunidad nacional. Asimismo, sus propulsores ya fuesen especialistas en ciencias sociales o políticos deificaron esta disposición. Al deificar la idea de integración éstos idealizaron la existencia de una nación homogénea, donde la diversidad estaría armónica y orgánicamente articulada. Sin embargo, esta es una intención frustrada porque en los países industrialmente avanzados esta articulación se encuentra fraccionada por los intereses de clase. En América Latina, Asia y África la situación es más patética, además de la desarticulación social, el Estado-nación es una entidad político-administrativa que no cuenta con una base propiamente cultural. En su lugar son los medios de comunicación social los que generan representaciones de carácter nacional.

La modernidad, propone Ortiz, a la vez que encarna en nación, le son inherentes los gérmenes de su propia negación. Lo que se denomina identidad nacional marcha en contra del movimiento que la engendra. Su existencia es precaria porque es resultado tanto de la desterritorialización como de la reterritorialización, fenómenos éstos que se incrementan con la globalización. De ahí pues que la identidad nacional debe ser sometida a un esfuerzo constante de reconstrucción.

Por otro lado, la técnica –fax satélites, multimedia– funge como la base material de una cultura mundializada. Del mismo modo, ha facilitado la ampliación de los límites geográficos y la comunicación plena. De acuerdo con Ortiz, la dilución de los límites y/o desterritorialización de las culturas comenzó con la modernidad como proceso histórico. La diferencia con la desterritorialización de hoy estriba en su conversión planetaria. Esto indica una radicalización del desarraigo de cosas y hombres. Una singularidad de costumbres, uso de jeans, sacos, el *fast food*, comidas, bebidas, dan cuenta del fenómeno, así como de la inmanencia de un patrón civilizatorio mundializado.

En América Latina, durante el siglo XIX, las clases sociales no tuvieron nunca un proyecto verdaderamente republicano que integrara todos los segmentos sociales, además de no conocer muchos de los principios políticos que propugnara la modernidad. La educación formal de importancia capital en la constitución de la nacionalidad fue precaria cuando no inexistente. En este orden, los medios de comunicación se han convertido en elementos aglutinadores de la diversidad existente en el seno de la unidad nacional. El cine, la música, la telenovela, la radionovela, son parte de los elementos dinámicos que modelan la cultura nacional – popular. Ortiz sostiene que esta situación es la que rodea las discusiones acerca del imperialismo cultural –cine nacional vs. Hollywood, telenovela vs. Series americanas, música popular vs rock and roll–.

La idea de globalización ha concitado la creencia de un mundo donde las identidades y la cultura muestran claros matices de homogeneidad. Ortiz señala que no tiene sentido hablar hoy de cultura global e identidad global. La mundialización cultural apunta, más bien, hacia la transversalidad y los atravesamientos. A partir de estas categorías es posible constatar que no existe oposición inmanente entre lo local–nacional–mundial. La idea de transversalidad implica la constitución de *territorialidades* desvinculadas del medio físico, tal como puede

verse en el espacio publicitario y en el ciberespacio. De igual modo, la forma de vida de distintos grupos sociales, en distintas partes del mundo, demuestra gustos análogos frente al consumo.

La modernidad es un claro ejemplo de la movilidad de fuerza de trabajo, de las mercancías, las imágenes, ideas, información, monedas, hombres. Este flujo obliga a revisar la noción de raíz, tan cara ante la concepción de identidad. Toda raíz implica un lugar fijo, todo lo contrario a la fluidez que se ha incrementado en el mundo de hoy. El desarraigo es una condición de nuestra época porque las sociedades son una territorialidad desarraigada. Ya sea entre franjas de espacios, desafecto de los territorios nacionales, o en los lugares atravesados por fuerzas diversas.

Desde esta perspectiva, hablar de identidad no tiene mucho sentido. Sería lo más adecuado la referencia a una interacción identitaria. La oposición autenticidad – inautenticidad luce hoy poco idónea. Esto es así porque una identidad no es falsa o verdadera, sino convincente, socialmente viable y válida. En todo caso la identidad no es un ser ontológicamente aprehensible, sino una construcción simbólica, además de ser un producto de la historia humana. Como se sabe, la identidad es parte de una construcción de grupos sociales que la sustentan, de intereses sociales que oculta y relaciones sociales que estimula.

La noción de identidad pasa por la memoria nacional como un espacio fruto de la construcción cultural e ideológica. Desde este dintel, la memoria nacional no puede pensarse como un espacio del *ser* de una identidad unívoca, sino más bien como expresión de una selección y ordenamiento de determinados recuerdos. La elaboración de la memoria es obra de letrados, quienes estructuran una lectura del pasado. En consecuencia, existe una legitimación de una percepción específica. La memoria nacional no es ajena a las controversias propias de las polémicas que se suscitan en el interior de las sociedades.

Hugo Achugar (en: Martín Barbero et. al) propone que la memoria ofrece una reflexión en torno a ésta ante los monumentos. Propone que la política de la memoria inherente al monumento opera también en las políticas del reconocimiento o del conocimiento, y en las academias que se erigen como autocelebración de su poder de conocer, condenando a la invisibilidad a aquellos que no tienen poder para representarse.

Existe, no obstante, una memoria ritualizada por el poder, la memoria oficial, distinta a la memoria pública o colectiva. Lo que se conoce como memoria pública no es la propulsada por los Estados nacionales y sus instancias específicas, sino por los medios de comunicación. Hoy somos testigos de cómo el mercado, las transnacionales y, especialmente, los medios de comunicación, se han convertido en lugares de legitimación cultural y espacios de definición de normas, así como fuerzas de orientación de las conductas de los actores sociales.

La autoridad del mercado, las transnacionales y los medios audiovisuales modelan las disposiciones estéticas y las maneras de ser de los actores sociales de hoy. Así como la escuela y el Estado fueron actores privilegiados en la configuración de la memoria e identidad nacional, los conglomerados publicitarios favorecen la elaboración de identidades desterritorializadas.

El término desterritorialización puede evocar la metáfora *fin del territorio*. Sin embargo, desterritorialización y reterritorialización comprenden un flujo único. El primero remite a la devaluación del espacio como parte de un medio físico sin fisuras, el segundo señala la actualización territorial como dimensión social. En términos generales lo que se aprecia es una *territorialidad dilatada* (Ortiz), compuesta por franjas independientes, que se juntan y superponen, en la medida que participen de la misma dinámica. Viajar, desplazarse, por estos estratos es permanecer en el interior de un tipo de espacialidad común a pueblos diversos. Esta perspectiva cambia por completo

la concepción del espacio como correspondencia a una territorialidad particular.

Para algunos analistas de la globalización y sus implicaciones, este fenómeno económico, ha afectado las categorías básicas de percepción de la realidad, porque transgrede la relación tiempo–espacio al reinventarla bajo condiciones de aceleración exponencial. Martín Hopenhayn (en: Martín Barbero et. al) indica que el apisonamiento de las categorías de tiempo y espacio se presenta por la vía de la microelectrónica, que hace circular una cantidad inconmensurable de *bits* a la vez, en un espacio reducido a la nada por la velocidad de la luz con que estas unidades operan.

La globalización también ha producido inéditas formas de identificación colectiva, en las sociedades modernas y, especialmente, en las jóvenes generaciones. Hoy no se trata de mediaciones a través de decálogos o mandatos divino –vanguardistas, sino de una sensibilidad publicitaria común, una estética del *zapping* o el *shopping*. Disposiciones éstas con las que jóvenes ricos y pobres comulgan, una cultura del software, un perspectivismo de pantalla y una empatía con el melodrama (Hopenhayn).

La globalización en tanto proceso histórico muestra como el acceso al bienestar material se ha estancado y la exclusión social incrementado, el acceso a los bienes simbólicos se ensancha como la educación formal, la televisión y la información actualizada. Es una paradoja de este tiempo la democratización de la imagen frente a la concentración del consumo en pequeños segmentos de la población mundial. La fuerte segmentación social es objeto de críticas muy fuertes, a la vez que se respira cierto aire resplandeciente por la defensa de la diversidad cultural, lo que ha abierto nuevas posibilidades a las utopías de cambio.

Bajo el influjo de la globalización ha emergido una corriente del pensamiento, el posmodernismo, que busca

reinterpretar los valores y representaciones del mundo moderno, a la vez que propone nuevas vertientes en cuanto al cambio social se refiere. Si la modernidad se ha caracterizado por su búsqueda incesante de someter a los individuos a un control absoluto a través de una razón unívoca, supuestamente universal, de igual manera pretendió borrar todo sentimiento de inseguridad ontológica mediante una restauración de la cognoscibilidad absoluta del mundo. Con la posmodernidad asistimos al cuestionamiento de esa razón totalizante y absoluta, para restaurar el reconocimiento de diversas racionalidades y el rompimiento de toda visión teleológica del mundo.

Roberto Follari (en: Martín Barbero et. Al) recuerda que la festividad posmoderna se divulgó conjuntamente con los inicios del auge neoliberal. Esta coincidencia estimuló la confusión entre sus contenidos. Aunque ambos están asociados, son distintos en cuanto a horizontes y contenidos. El apogeo neoliberal encontró un buen acompañante en el individualismo posmoderno, en el abandono de los discursos acerca de lo estructural y de los metarrelatos de modificación social. Estas disposiciones abrieron la posibilidad de las privatizaciones generalizadas y de pensar la política como mera forma de administrar el capital.

A pesar de este encuentro, el neoliberalismo propugna una política que favorece la concentración de capitales y la globalización; la posmodernidad, en cambio, es una condición cultural en la que esa política económica se lleva a cabo, el escenario y espacio donde los individuos se desenvuelven bajo el influjo de los programas neoliberales y sus interminables políticas de ajuste. Follari establece que mientras el posmodernismo vive sus mejores momentos, el neoliberalismo, en cambio, está en franco declive.

La riqueza del posmodernismo se evidencia en la reaparición de fenómenos modernos en formato posmoderno. Esta situación se manifiesta en la búsqueda por encontrar un horizon-

te normativo y por el reconocimiento de un nuevo marco ideológico de reinserción hacia el cambio y la lucha contra el poder establecido. Desde América Latina se viene pensando en forma inédita qué significa la emancipación, cuáles son los modos en que se puede concebir la moral, lo ideológico y lo político. Todo ello bajo condiciones que toman en consideración el abigarramiento ciudadano, la proliferación de voces y gritos, la desaparición de discursos jerarquizados, el dominio de la imagen y la inmediatez.

Con lo expuesto hasta ahora, se puede expresar que los cambios culturales no son obra de una dimensión desafecta a la técnica y las formas de producción capitalista. Renato Ortiz ofrece una visión del espacio cultural conectada con los modos de producir en el capitalismo. Fordismo, sugiere, implica modernismo, cultura de masas, homogeneización del mercado; por su parte el capitalismo flexible se abre a otras dimensiones, como: posmodernismo, diversificación cultural, segmentación. Desde esta vertiente, la historia bien pudiera dividirse en dos etapas, adaptada cada una de ellas a una configuración cultural específica. Un primer momento, se relaciona con una cultura integrada verticalmente, distribuida en masa para los diferentes estratos y clases sociales. Un segundo momento, deriva en el fin de toda cultura de masas y la descentralización de los focos que *emanan* cultura. El ocaso del modernismo corre a la par con el fin de la cultura de masas, superado por una condición posmoderna de descentramiento.